

Siempre se ha considerado el retrato como una de las manifestaciones más difíciles para el pintor, ya que, para captar el espíritu del retrato, es necesario dar, a los ojos, fuego, al semblante, luz y que la figura esté llena de vida. El propio Solís Avila nos ha dicho frecuentemente que la mayor dificultad del retrato estriba en los ojos y la boca — el que esto firma tenía entendido que, asimismo, las manos entrañaban un arduo problema a resolver— y que los ojos hay que «captarlos psicológicamente».

Pues bien; examinando la producción de Solís Avila, sus prodigiosos retratos y aplicando lo que quedamos anotado, obtendremos consecuencia de que ofrecen el vigor, el hálito de vitalidad cual si la sangre corriera, circulase por las figuras. He aquí por lo que estamos identificados totalmente con el juicio sereno del crítico Cecilio Barberán cuando sostiene que, en los retratos de Solís Avila, «reina su maestría, ésta que precisamente le mantiene entre los primeros retratistas españoles».

#### El amor de Solís Avila a su tierra.

Solís Avila, dibujante espontáneo y consistente, paleta brillante en la que se observa su natural facilidad, sigue la línea de los grandes maestros Velázquez, Ticiano y Goya. Quince minutos y cinco sesiones le bastan para ejecutar sus dibujos y retratos, respectivamente, con el acierto en él habitual.

Mucho enorgullecen a Extremadura los triunfos resonantes de Solís Avila en España y fuera de España—ha trabajado para Argentina, Méjico, Norteamérica, Francia, etc.—pues con su firma va también el nombre de nuestra región. Pero lo que nos satisface en alto grado del paisano esclarecido es su apasionado amor al paisaje nativo, reflejado en su labor pictórica—sus cuadros tienen la luz de Extremadura—y su hondo afecto al terruño, como lo demuestra con sus anuales permanencias en Garciaz y Madroñera.

#### El tributo de la provincia,

La provincia de Cáceres ha sabido tributar a Solís Avila el homenaje de admiración, gratitud y simpatía a que es acreedor por sus méritos excepcionales. Madroñera dedicó su nombre a la calle donde está enclavada la casa en que nació. Garciaz—pueblecito al que se ha vinculado por motivos afectivos—y Cáceres en frecuentes ocasiones le han rendido sinceros tributos. En 1949 la Diputación cacerreña le honró con un artístico pergamino, obra del laureado dibujante Lucas Burgós Capdevielle.

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS



## LA GUITARRA

¡Cuántas veces tus notas  
alegraron la casa!

¡Cualquiera te conoce  
de esa pared colgada!

Un polvillo sutil  
se metió en tus entrañas;  
ya no cantas, labiera,  
como siempre cantabas.

Tu bordón está roto  
y tu prima saltada;  
no te estremeces toda,  
ni suspiras, ni amas  
en el cálido nido  
de florida ventana,  
bajo el hechizo mágico  
que en la noche de p'ata  
con los luceros tejen  
el jazmín y la albahaca.

Tus cintillas de seda,  
de color rojo y gualda,  
tremolantes de júbilo  
cuando yo te pulsaba,  
parecen por lo adustas  
jirones de mortaja,  
y en el melifluo arcano  
de tu caja acordada,  
tus sonos armoniosos

ni por lo bajo cantan.

¡Eres como el sepulcro  
de mi existencia vana!

Entre tus cuerdas flojas  
muda quedóme el alma.

Cómo viene la muerte  
tan quedito. ¡Mal haya,  
mal haya sea la hora  
en que a mis puertas llama!

¿Te acuerdas?... Mi Andresillo,  
con sus manos ingravidas,  
de tu tenso cordaje  
los sonos arrancaba  
y al vibrar tu bordón  
con grave resonancia,  
inquiría, confuso,  
del acorde la causa.

¡Ningún quehacer más dulce  
que calmar en su marcha  
a través de las cosas  
del espíritu el ansia!

En la huesa Rosario,  
mi mujer, la Galana,  
como solían decirla

por lo juncal y guapa,  
 —¡qué majeza la suya,  
 qué salero y qué gracia:  
 el talle quebradizo  
 de tan sutil, la cara  
 mezcla de rosa y nardos  
 y los ojos dos ascuas  
 a los claros luceros  
 por su Criador robadas—  
 dos cosas en el mundo  
 tan sólo me quedaban:  
 mi Andresillo, primero  
 y después mi guitarra.  
 Mi Andresillo, aire y luz,  
 algo así como un alma  
 de materia desnuda:  
 ardiente la mirada,  
 como si un fuego interno  
 su pecho devorara;  
 tan nítidos los dientes  
 que eran como de nácar;  
 menudito y cenceño,  
 de Rosario la labia  
 y un ceceo andaluz  
 de su lenguaje salsa.  
 Mi guitarra .. ¡Oh el encanto  
 de las noches orgiásticas!  
 Con qué garbo y hechizo  
 sus acordes sonaban  
 del Jerez al conjuro,  
 en colmados y tascas.  
 Estrépito de vasos,

crótalos y risadas,  
 unos tientos, la copla  
 zahareña, aguda, cáustica,  
 que tiembla en el misterio  
 de la noche estrellada;  
 el requebrar goloso  
 de una boca satánica,  
 rezumante de vino,  
 parlera, desatada;  
 la furtiva conquista  
 de dos labios que sangran  
 por lo encendido y rojos,  
 las venas que se inflaman,  
 un castizo bolero,  
 cien olés y mil palmas,  
 de chatos varias rondas  
 y las horas que pasan  
 sin que el terrible hastío  
 sus secas fauces abra.  
 Y al volver de los toros  
 de una tarde en Chiclana,  
 con Lagartijo y Guerra  
 mano a mano en la plaza;  
 vino, moscas, disputas,  
 enjaezada jaca  
 pisando con donaire  
 la arena calcinada;  
 los agudos rehiletos  
 que en el morrillo clavan  
 de un tinto jarameño,  
 y un fuerte sol que abrasa  
 y en los caireles pone

relumbres de oro y plata.  
 Polvoriento el camino;  
 la diligencia pasa;  
 el mayoral blasfema  
 al restallar la tralla,  
 corcovea el tordillo  
 que va delante, pasa  
 de uno en otro la bota,  
 y en la tarde dorada  
 se oye el dulce, acordado  
 vibrar de mi guitarra.  
 O en la noche lunera,  
 tibia, olorosa, plácida,  
 en típico colmado  
 del barrio de Triana,  
 con hembras de tronío  
 lindamente ataviadas:  
 mantoncillo de talle,  
 verde, pajizo y grana;  
 tumbagas de oro y cobre,  
 coral en la garganta,  
 de Carey la peineta  
 en el negror plantada  
 de un pelo ensortijado,  
 con reflejos de alpaca;  
 de gayos colorines  
 la rumorosa falda,  
 que en fruncidos volantes  
 hasta los pies se alarga;  
 dos puñales por ojos  
 y la tez bronce y nácar.  
 ¡Oh consorcio divino  
 de la noche y el alba!

Los palillos dispuestos,  
 la señal sólo aguardan  
 del tocador que afina  
 muy quedo la guitarra;  
 un fuerte carraspeo  
 del mocito que canta;  
 dicharachos y gritos  
 de unos en otros saltan;  
 en los ojos lascivia  
 y en los labios la guasa...  
 ¡Cómo fluye picante  
 si el Jerez la acompaña!

¿Por qué viene la muerte  
 tan quedito? ¡Mal haya,  
 mal haya sea la hora  
 en que a mis puertas llama!

Un abrilero día  
 que olía a mejorana,  
 con áureo sol luciendo  
 sus primorosas galas,  
 desazonado y triste  
 dejé a Andresillo en casa.  
 Salté sobre el caballo  
 que fuera me esperaba,  
 y a prisa y jaranero  
 me encaminé a la Grana.  
 ¡Una tienta!... ¡Dios santo!  
 como eso no hay nada.  
 Un añojo retinto  
 que arremete con rabia

al jinete, garboso  
sobre una yegua baya.  
¡Tolón! ¡tolón!... los mansos;  
se encabritan las jacas  
y hacen mil cabriolas  
al pasar la vacada;  
un overo relincha  
y un cornicorto brama;  
zahones, guayaberas,  
cordobeses y fajas;  
de garridas mujeres  
las carretas colmadas;  
claveles sobre el seno,  
en los ojos dos brasas,  
gritos, sustos, rechifla,  
chicoleos, sal ática  
de donosos decires  
rejón, perfume o llama;  
fulgor de amontillado,  
bocadillos, dulzainas,  
y cantares muy hondos  
que del alma se escapan  
porque el alma no supo  
arrancarles las alas...

Tornamos al cortijo  
la tiente terminada;  
cuando de pronto: —¡Curro  
—resuellan a mi espalda —  
¡Tu Andresillo se muere!  
¡Ay que horrible desgracia!...  
¡Corre, Rondeño, corre,  
que la muerte no aguarda!...

Del bordón un lamento  
en el aire se apaga.  
Presuroso y transido  
abandoné la zambra  
en su herviente apogeo  
de jipíos y danzas.  
Un temblor de epilepsia  
en mi cuerpo, y un ansia  
de muerte que me hinca  
en el pecho su zarpa.  
Monté sobre una potra  
que a mi paso encontrara;  
la clavé las espuelas  
en el ijar con saña,  
y en menos de una hora  
a mi puerta llegaba;  
lívido, sudoroso,  
jadeante, sin habla.  
(De la calle, en las losas,  
la potra reventada)  
Tremante de ansiedad  
atravesé la estancia:  
mi pobre corazón  
dentro del pecho salta  
como el pájaro arisco  
que meten en la jaula;  
el pasillo y la alcoba,  
cabe el lecho la *Chacha*...  
—¡Ay padrecito mío  
no oiré más tu guitarra!...  
Me arrodillé de súbito  
y exclamé: —¡Calla, calla,  
que una angustia tremenda

mi corazón desgarrar!...  
Y sin saber qué hacía,  
con dulzura y con rabia  
en monstruosa cópula  
ferozmente trenzadas,  
en mis manos febriles  
afiancé la guitarra...  
y sus cuerdas trocaron  
en acordes mis lágrimas.  
Un ahilado suspiro  
traspuso su garganta,  
como de una saetilla  
el ápice cantada...  
Sus ojos se cerraron,  
las manecitas pálidas  
abandonó en su pecho,  
temblorosas y castas:  
del sol un hacecillo

se desató en la cama...  
¡Su misera prisión  
había roto el alma!  
¡Cómo viene la muerte  
tan quedito! ¡Mal haya,  
mal haya sea la hora  
en que a mis puertas llama!

¡Cuántas veces tus notas  
alegraron la casa!  
¡Cualquiera te conoce  
de esa pared colgada!  
Un polvillo sutil  
se metió en tus entrañas;  
ya no cantas, labiera,  
como siempre cantabas.

PEDRO ROMERO MENDOZA

Lea Ud.

« ALCÁNTARA »

y propáguela entre sus amistades.

De este modo contribuirá a difun-  
dir, dentro y fuera de nuestra re-  
gión, las letras extremeñas.